

LUIS FERNANDO GRANADOS, *EN EL ESPEJO HAITIANO. LOS INDIOS DEL BAJÍO Y EL COLAPSO DEL ORDEN COLONIAL EN AMÉRICA LATINA*, MÉXICO: ERA, 2016, 300 PP.

El más reciente libro de Luis Fernando Granados parte de la premisa de que la rebelión encabezada por el cura de Dolores, Miguel Hidalgo, en el Bajío mexicano, se encuentra ligada al movimiento emancipador de los esclavos haitianos de las plantaciones azucareras de aquella isla caribeña. A primera vista, la premisa tiene sentido: ambos movimientos fueron rebeliones populares con claros tintes de revolución social, ambos impulsados por masas anónimas de trabajadores y ambos trastocaron el sistema económico de sus respectivas zonas.

Si bien este libro se titula *En el espejo haitiano*, poco tiene que ver con la guerra encabezada por Toussaint Louverture en 1791; en realidad no es una historia de la revolución haitiana ni es tampoco un relato de la rebelión de Hidalgo *per se*. Compuesto por cuatro ensayos bien diferenciados entre sí, el eje conductor del trabajo está conformado por las rebeliones populares de finales del siglo XVIII. En ese sentido, no espere el lector lo que el título sugiere a primera vista, pues se va a encontrar con una obra que analiza diversos movimientos populares que estallaron en la América española, entre ellos el novohispano de 1810.

Comencemos por decir que la obra de Granados no es un libro convencional de historia, entendiéndolo por esto que toda obra historiográfica tradicional supone la exposición de una investigación, principalmente documental, a través de una serie de argumentos para probar una determinada tesis. En vez de ello, Granados elabora cuatro ensayos, previamente publicados, pero ahora extendidos y revisados, inspirados por el más reciente trabajado de John Tutino, *Creando un nuevo mundo*.¹ Granados combina en esta obra la historia regional —del Bajío— con la historia económica, la historia global y la historia social, para buscar responder a una pregunta que se encuentra en el núcleo del texto: ¿Qué es lo que motiva a la gente “común” a rebelarse contra un régimen? Para responder esta interrogante, el autor, suma un elemento más a la amalgama de estilos historiográficos que maneja su texto: la historia de los grupos subalternos, o de los “sin historia”.

¹ *Making a New World. Founding Capitalism in the Bajío and Spanish North America*, 2011. Edición en español: *Creando un nuevo mundo. Los orígenes del capitalismo en el Bajío y la norteamérica española*, México: Fondo de Cultura Económica, 2016.

El primero de los ensayos se dedica a elaborar un esbozo de la rebelión haitiana para después compararla con los movimientos que estallaron en la América continental. El autor desarrolla en este capítulo, que abarca casi la mitad de la obra, una serie de argumentos que le permiten insertar a la rebelión del Bajío en la historia de las revoluciones atlánticas. En este primer apartado Granados considera a la revolución haitiana como arquetipo de las rebeliones de la América continental, esbozando las similitudes y diferencias entre diversos movimientos como son los episodios de violencia popular acaecidos en la Banda Oriental, en Salta y en Jujuy, en Perú, en Pasto y en Venezuela. Lo que pareciera ser una historia comparada entre la revolución haitiana y la del Bajío termina por ser otra cosa: una historia de las rebeliones populares en las postrimerías del siglo XVIII y en los albores del XIX.

Sin duda, este es el capítulo más original, pues propone dos ideas interesantes: 1) entender a la rebelión haitiana como el movimiento original que ayuda a comprender a las posteriores rebeliones populares de la América española (p. 84), y 2) entender a la Ilustración como un movimiento cultural “desde arriba”, lo que implica una constante lucha entre opresores (élites) y oprimidos (trabajadores); como botón de muestra véase la siguiente frase: “En el contexto del siglo XVIII, sin embargo, el racionalismo de la Ilustración fue un sistema conceptual, moral y político esencialmente opresivo, que buscaba establecer no una sociedad más justa y feliz sino un domino más eficiente, más rentable y más colonial” (p. 73).

Las propuestas de Granados tienen en el fondo la idea de reinterpretar la segunda mitad del siglo XVIII a través del concepto de lucha de clases. Siguiendo a John Tutino, sostiene que el punto de encuentro entre la rebelión haitiana y la novohispana reside en que ambas regiones eran centros productores —de azúcar y de plata, respectivamente— que alimentaban la economía global, mismos que fueron destruidos por los alzamientos populares, con lo que se transformaron las dinámicas socio-culturales locales, situación que finalmente llevó a la Independencia. Si bien esto es verdad, resulta un tanto forzado y reduccionista tratar de amalgamar ambos movimientos, pues las situaciones de ambas

zonas eran marcadamente diferentes, empezando por la composición social de sus habitantes.

Granados elabora algo que pocas veces se hace en la historiografía del proceso de independencia: una historia amplia, no global pero sí macrorregional, de las rebeliones populares que se convirtieron en movimientos independentistas en la América hispánica, algo que vale la pena continuar estudiando con mayor precisión y sin perder de vista este “gran” enfoque que nos ofrece el autor.

Le sigue al primer ensayo un texto dedicado a la historiografía producida durante los festejos del bicentenario de la Independencia mexicana. Este segundo capítulo pone el dedo en la llaga de algo que es bien sabido por los historiadores que estudian este periodo: el bicentenario nos trajo una serie de investigaciones y conmemoraciones que rayaron en lo irrelevante (con honrosas excepciones, por supuesto).

Granados recuerda que todo producto historiográfico —y conmemoración histórica— está intrínsecamente ligado con el tiempo en que es producido, por ello hace un doble juego de comparación; por un lado, analiza los festejos mal llevados para conmemorar el bicentenario, festejos realizados por un gobierno mexicano abiertamente contrario a la ideología de los principales caudillos insurgentes. Por el otro —siendo este el punto más interesante del apartado— arremete contra lo que él denomina el actual “paradigma historiográfico” (p. 157), en el que los historiadores han enfocado su atención “a la crisis del imperio, a la constitución española de 1812 y al momento gaditano en su conjunto, así como a la relación de los diferentes grupos sociales novohispanos [...] con la cultura política moderna” (p. 159).

La crítica que hace Granados de este “paradigma historiográfico” reside en que estas obras contienen una “postura ideológica que privilegia las ideas y la acción política sobre el análisis económico y social”, de igual manera combate “su tendencia a minimizar la ‘participación’ de las masas en la hechura de la historia, incluso cuando la insurgencia, o más bien los gobiernos insurgentes, ocupa(n) un lugar destacado en sus explicaciones” (p. 161).

Ante este panorama historiográfico, propone retomar a los rebeldes, es decir, a la gente común

que formó la base de los ejércitos insurgentes, haciendo un llamado para replantearnos la cuestión de quiénes fueron aquellos que alimentaron el fuego de la rebelión de 1810. Como bien lo señala el autor, únicamente el tamaño que adquirió la insurgencia debería ser suficiente para que los historiadores se enfocaran en ella. Por otra parte, Granados sugiere dejar de lado la noción que prima en el horizonte historiográfico de las independencias: que todos los movimientos emancipatorios americanos comenzaron en 1808 con la invasión de Napoleón a España, pues esta idea sugiere que previo a dicha fecha, no existía descontento, ni disensión entre la mayoría de la población americana.

Es difícil estar en desacuerdo con la crítica que hace Granados, los estudios sobre cultura política que estudian a las autoridades peninsulares o virreinales acaparan la producción historiográfica; una muestra más de lo que señala el autor la encontramos en la proliferación de estudios sobre comandantes militares “realistas”, pero ¿cuántos estudios de reciente publicación existen sobre comandantes insurgentes? Sin duda hace falta retomar y renovar los estudios sobre las diversas luchas contra el orden colonial.

El tercer ensayo-capítulo de la obra combina la historia económica y la social, apoyado por fuentes documentales, para estudiar los primeros días de la rebelión encabezada por Miguel Hidalgo y de la composición de su movimiento. Cabe destacar que, una vez más, es muy notoria la influencia de John Tutino en este apartado, particularmente cuando Granados propone que la base del ejército rebelde estaba compuesta por trabajadores rurales, en su mayoría indios sin tierras, sin nada material que perder en caso de unirse al movimiento.

Señala que Hidalgo y sus generales siguieron una ruta que les permitió visitar las comunidades donde esta población volante era numerosa, a sabiendas de la alta probabilidad de ganar adeptos al movimiento. Por otra parte, un punto fundamental en la interpretación del autor sobre la rebelión del Bajío se encuentra en el tributo. Explica cómo fue que las élites, cabecillas del movimiento, entendieron aquel impuesto como una carga tributaria sumamente pesada que ofrecía la oportunidad de engrosar las filas de la insurgencia. Así, se muestra

que los indígenas se sumaron a la rebelión debido a la posibilidad de liberarse de aquel impuesto.

Derivado del aspecto tributario, el capítulo profundiza en el añejo debate sobre si la Nueva España era o no un territorio de carácter colonial: para el autor la cuestión está muy clara, la América septentrional sí fue un proyecto colonialista, cuyo aparato de dominación y control más notorio fue, precisamente, el tributo, de allí se deriva que los indios vieran en la imposición monetaria al aspecto más odiado de la dominación colonial y, por lo tanto, al sumarse a la rebelión ésta adquirió un tinte anticolonialista.

Un punto débil para la argumentación del autor es la eterna falta de fuentes que puedan respaldar las suposiciones que se presentan a lo largo de este tercer ensayo, mismas que son convincentes, pero que podrían ligarse con otros aspectos —crisis agrícolas, escasez de empleo, crisis económicas, sentimientos religiosos, abusos por parte de las élites—, sin embargo, se debe entender a este capítulo como un aporte que ayuda a comprender los motivos de aquellos anónimos que se rebelaron contra el gobierno colonial en 1810.

El último de los ensayos constituye una crítica a la historiografía reciente. No es un balance historiográfico como el que se presenta en el segundo apartado, más bien es una crítica a la historia de bronce que durante décadas permeó la investigación de los historiadores mexicanos, para después centrar su atención en el surgimiento de la historia revisionista, que surge en la década de los ochenta gracias al trabajo de François Xavier-Guerra. La crítica que lanza Granados a las obras revisionistas es lapidaria: ahora se conoce a detalle el desarrollo de muchas instituciones en determinadas regiones del imperio español, pero se ha perdido de vista el panorama más amplio en donde esas instituciones se insertaron. Ante tal planteamiento conviene considerar la posibilidad de que durante el proceso de independencia todo haya sido dispersión en el lado de los rebeldes, de los insurgentes, y por ello mismo sea difícil situar en un panorama general, como lo intenta Granados, a la rebelión de 1810 y a las posteriores.

Sin duda este es el capítulo más propositivo del libro, ya que el autor sugiere que se debe comen-

zar una labor que englobe a la multitud de estudios específicos y regionales, para replantear, en términos de explicaciones generales, lo que sabemos sobre este periodo. La interpretación global sobre la independencia novohispana elaborada por el revisionismo no ha logrado llenar satisfactoriamente todos los huecos explicativos.

Luis Fernando Granados no es un historiador especializado en la guerra de Independencia, ni en los movimientos emancipadores latinoamericanos, y es a causa de esa peculiaridad que su obra logra ver cosas que los especialistas pasarían por alto o descartarían de manera casi automática, en parte, es ahí donde reside su originalidad. Así, el aporte historiográfico de *En el espejo haitiano* radica en su

capacidad de lanzar ideas propositivas que ayuden a replantearnos algunas cuestiones que hoy se dan por sentado, como es el caso del “paradigma historiográfico” del que habla el autor.

Asimismo, y de manera subyacente, el texto da nuevas ideas sobre a dónde se pueden dirigir futuras investigaciones del periodo de las independencias: hacia los estudios de la insurgencia y de las rebeliones populares, a través de la mirada de la historia social y económica, sin perder de vista el amplio contexto que proporciona la historia global y la historia del mundo Atlántico, a tono con la producción historiográfica de los países de habla inglesa.

Eduardo Adán Orozco Piñón
Universidad Nacional Autónoma de México
edorozcop@gmail.com